Francisco Javier Díez de Revenga

SAAVEDRA FAJARDO EN EL ANFITEATRO DE FELIPE EL GRANDE

EL día 13 de octubre de 1631 Don Diego Saavedra Fajardo, diplomático destinado en Roma, de 47 años, se encontraba en Madrid en una misión secreta. El último que lo ha contado ha sido Quintín Aldea, cuando ha señalado que «vino a España en misión secreta enviado por el conde de Monterrey, embajador español en Roma [...] El objeto de su misión fue, al parecer, el de formar parte de la famosa Junta que se constituyó en Madrid el 31-III-1631 [...] En la primera sesión, celebrada el 7-IX-1631, leyó don Diego un memorial, compuesto por él con la colaboración de Juan López Carcastillo, en donde se relataban todos los excesos jurisdiccionales de la Curia Romana y de la Nunciatura de Madrid». (1). Sabemos que la tal Junta trabajó hasta septiembre de 1632, aunque Don Diego marcharía a un nuevo destino en Roma en abril de aquel año. Poco más de un año en España, pues, le permiten vivir en la corte de Madrid y conocer las celebraciones y las fiestas que se organizan en la España de Felipe IV. Su condición de alto funcionario le permitía estar presente, con los poderosos, en las grandes ocasiones, y, de paso, medrar, ante ellos, un nuevo destino en su ya brillante carrera.

Estas son las circunstancias vitales del último poema que, por ahora, conocemos de Don Diego. Los editores de sus poesías, especialmente Roche y Tejera, y luego, con mayor difusión, González Palencia (2), dan buena cuenta de la presencia,

(1) Quintín ALDEA VAQUERO (ed.), *Diego Saavedra Fajardo, Empresas Políticas*, Editora Nacional, Madrid, 1976, vol. I, p. 16-17.

(2) CONDE DE ROCHE y José Pío TEJERA (eds.), *Saavedra Fajardo, sus pensamientos, sus poesías, sus opúsculos*, Fortanet, Madrid, 1884. Angel GONZÁLEZ PALENCIA (ed.), *Saavedra Fajardo, Obras Completas:* Aguilar, Madrid, 1946.

entre las poesías de Saavedra, de su única obra poética de madurez, ya que las demás recogidas corresponden a 1612-14, cuando nuestro escritor, con sus veintiocho años, se daba a conocer entre los políticos de su tiempo participando en las justas poéticas convocadas con motivo de la muerte de Margarita de Austria. Nos estamos refiriendo, claro está, a las poesías de circunstancias, porque posterior, posiblemente, es el soneto «Ludibria mortis», que, con tanta brillantez, cierra las *Empresas* (1640).

Los lectores de las escasas poesías de Saavedra conocen las dos décimas que con el siguiente texto fueron publicadas por José Pellicer de Tovar en el *Anfiteatro de Felipe el Grande,* Madrid, 1631:

Oy luze Constelacion
Aquel bizarro Animal,
Que en el Arena Agonal
Triunfò de Tigre i leon.
I aunque sus Hazas son
Quien le coronan Valiente,
Nunca su Ceruiz luciente
Estacion fuera del sol,
Si el Iupiter Español
No fulminàra su Frente.
Transformacion engañosa
Contra el virginal decoro
Trasladar pudo otro Toro
A la Zona luminosa.
Traslación fue no gloriosa
A una Diedad tan seuera;
Mas digno Iupiter fuera
Quien no con tan vil ensayo,
Sino al Imperio de un Rayo
Nueuo Signo dà a la Esfera.

El poema fue publicado por primera vez en el libro antes citado (3), una de esas joyas bibliográficas inencontrables que, por suerte, llegó a pertenecer a Antonio Pérez Gómez en los años setenta, lo que permitió su reimpresión y que hoy podamos disponer de todo el conjunto de poesías que, con el mismo motivo, escribieron

(3) José PELLICER DE TOVAR, *Anfiteatro de Felipe el Grande,* Madrid, 1631, edición facsimilar de Antonio Pérez Gómez, Ediciones de la Fonte que mana y corre, Cieza, 1974, p. 71 vta. y 72 rta.

buen número de los ingenios españoles que vivían en Madrid aquel 1631. Porque los segundos que publicaron esta poesía, los bibliófilos Roche y Tejera (4), ya dentro de una colección de obras del diplomático murciano, la conocieron por referencias, y gracias a la colaboración de algún otro bibliófilo amigo que les pudo comunicar, como ellos anotan tan puntualmente, al tiempo que citan a los traductores españoles de la *Literatura* de Ticknor, que «hay en el poesías de ochenta y seis ingenio de lo más florido y aventajado que a la sazón había en la corte, entre los cuales figuran nombres tan famosos como los de Lope de Vega, Príncipe de Esquilache, Hurtado de Mendoza (D. Antonio), Rioja, Quevedo, Ruiz de Alarcón, Vélez de Guevara, Calderón, Zárate, Solís, Rojas, Montalván, Villaizán, Mira de Amescua, etc., y tienen por objeto celebrar una hazaña de Felipe IV, llevada a cabo en una fiesta semipagana, que el Conde-Duque hubo de preparar á sus majestades en la Plaza llamada del Parque, y que consistió en haber dado muerte á un bravísimo toro, disparándole un arcabuz desde el balcón de una panadería.» (5) Todavía, en una nota a pie de página, nuestros bibliófilos y eruditos dan cuenta, siempre citando a su ilustre comunicador, de todos los detalles en torno a la fiesta, aunque muy resumidamente. Más adelante volveremos sobre ella.

En cuanto al poema lo transcriben modernizando su ortografía y deslizando una falta de concordancia en el verso sexto (*corona* por *coronan*) que pasa, junto a la nueva versión, a la edición de González Palencia. Como Roche y Tejera publicaban en 1884 no nos puede extrañar que juzgasen el poema con severidad, advirtiendo su excesivo culteranismo, pero perdonándolo o mirándolo con buenos ojos, porque su autor era quien era: «Que no es composición de mérito alguno, sino, antes al contrario, inficcionada por completo del virus del culteranismo, lo sabemos; pero no son mucho mejores las otras al mismo asunto dedicadas, y las vemos, sin embargo, figurar en varias colecciones famosas, siquiera no sea más que como ejemplo del gusto de la época.» (6) Es la hora de rechazar este juicio con todos los respetos que tenemos hacia la labor de Roche y Tejera. Leer hoy el *Anfiteatro de Felipe el Grande,* gracias a la prudencia del buen Antonio Pérez Gómez, es una de los más fértiles experiencias que se pueden tener con intención de disfrutar de un espectáculo muy del diecisiete y de la locura colectiva que existía entonces a la hora de ensalzar al mito viviente más grande de una época llena de mitos: Felipe el Grande, nada menos que Felipe IV de España, «Júpiter» para nuestro Saavedra Fajardo, como para todos los demás ingenios de la corte. En otra ocasión nos referiremos al espíritu y a la intención de esta fiesta «romana», «pagana», que nos relató Pellicer

(4) *Ob. cit.,* p. 134-135.
(5) ROCHE y TEJERA, *ob. cit.,* p. 107.
(6) ROCHE y TEJERA, *ob. cit.,* p. 108.

de Tovar, dándonos cuenta de cómo en la plaza madrileña del Parque (la Mayor estaba en obras) reunieron una serie de animales, a la romana, un tigre, un león, un oso, un toro, un lebrel, y algunos más pequeños, para ver quien vencía. «Trunfó de todos el Toro. Passeô el Circo como Señor del, sin que ninguno de los demas Brutos se lo impidiesse. El solo acometia, huyendole todos. Desatendia el Vulgo todo el resto de las Fiestas, i solo se detenia en la admiracion de ver el ardimiento de aquel Bruto [...] Miraua su Magestad la valentia de aquella Fiera, i deseoso de que Bruto que a sus ojos auia andado tan intrepido, no quedasse sin premio, quiso hazerle el mayor fauor que pudiera desear, a ser capaz de razon. Porque supuesto que entrò en aquel Anfiteatro a morir, perdonarle la vida fuera castigo, dexandole a riesgo de que otro día la perdiera en Coso plebeyo, i a manos viles. [...]» La descripción de Pellicer, rica en admiración y en elogio hacia la persona del rey continúa alabando la gracia con que el monarca supo componerse y disparar el arcabuz con tanto acierto «que si la atencion mas viua estuviera azechando sus mouimientos, no supiera discernir el amago de la execución, i de la execucion el efecto; pues encarar a la frente el Cañon, disparar la bala, i morir el Toro, auiendo menester forçosamente tres tiempos, dexó de sobra los dos, gastando solo vn instante en tan heroico golpe.» (7).

En este ambiente, entendemos perfectamente los términos del poema de Saavedra Fajardo, adecuadísimo a las circunstancias y al libro en que se incluye. No cabe duda que se hace un flaco servicio a Don Diego si el poema se publica de la manera que se ha venido haciendo con la sola mención titular de «Al toro que mató Felipe IV», como ha figurado en las dos ediciones que conocemos. Es, en este caso, la circunstancia la que importa. Y en esta circunstancia están, entre otros, un soneto de Lope y otro de Quevedo, cuya perfección no podemos negar, por la riqueza de una imaginación brillante y grandiosa que exalta, como Saavedra, la virtud real y la fiereza del Bruto. No nos resistimos a reproducirlos para que se comprenda mejor el poema de don Diego y su ambiente, en la seguridad de que ofrecemos dos botones, especialmente notables eso sí, como muestras. Así Lope (8):

Desprecia inuicto, i formidable espanta
Selva de Fieras animoso Toro,
Encrespa la ceruiz al cerco de oro,
I con el bruto Imperio se leuanta:
Quando el planeta, cuya sacra planta
Besan dos Mundos, con marcial decoro

(7) José PELLICER DE TOVAR, *ob. cit.*, p. 6 vta.-7 rta.
(8) PELLICER, *ob. cit.*, p. 16 vta.

Tan breue rayo disparò sonoro,
que ardiendo el Toro, al tiro se adelanta.
O fiera victoriosa! preferida
Al Osso, al Tigre, i al león, tan fuerte,
Que de sola deidad fueras vencida:
Dichosa i desdichada fue tu suerte,
Pues como no te dio razon la vida,
No sabes lo que debes a tu muerte.

No hay duda que Lope parafrasea en su soneto las propias palabras de Pellicer de Tovar, haciendo referencia a la grandeza de la muerte del toro, ser sin razón, por haber perecido a manos de Felipe IV (*sola deidad* le llama Frey Lope). No se queda corto Quevedo, a la hora de acarrear mitología apropiada (9):

En dar al Robador de Europa muerte
De quien eres señor Monarca Ibero,
Al ladrón te mostraste justiciero,
Y al Traidor a su Rey castigo fuerte.
Sepa aquel animal, que tuuo suerte
De ser vestido a Iupiter severo,
que es el León de España el verdadero,
Pues Africa en el suyo se lo aduierte.
No castigò tu Diestra la victoria,
Ni dio satisfaccion al vencimiento;
Diste al vno consuelo, al otro gloria.
Escriuirà con luz el Firmamento
Duplicada señal, para memoria
En los dos de tu Acierto, i su escarmiento.

No es tan malo como decían hace un siglo Roche y Tejera el poema de Saavedra Fajardo. Ni desde luego ininteligibles sus imágenes y referencias mitológicas. Antes bien revelan un claro ingenio y una buena imaginación para ligar el animal y su verdugo con la tradición mitológica más clásica y más de moda. La denominación de Júpiter para Felipe IV (verso 9) está en el contexto pagano-romano de la fiesta y del anfiteatro, y además se contamina con la figura del toro, el «mentido robador de Europa» que llamara Góngora y que Quevdo recuerda en su soneto. El toro-Júpiter no puede morir sino a manos del Júpiter (omnipotente dios)-Felipe IV.

(9) PELLICER, *ob. cit.*, p. 18 rta.

La idea de que la muerte a manos del monarca engrandece al pobre animal se repite con insistencia desde el prólogo de Pellicer y pasa desde luego a muchos de los poemas, entre ellos al de Saavedra Fajardo. No cabe duda que también está presente la relación toro-constelación Tauro-transformación o metamorfosis de Júpiter en toro, que Góngora había encerrado en aquellos versos iniciales de la *Soledades,* para significar el mes de abril: «Era del año la estación florida/en que el mentido robador de Europa...», y que posiblemente fueron los que influyeron a la hora de tachar Roche y Tejera la poesía de Saavedra como «inficcionada por completo del virus del culteranismo». Júpiter fue inmortalizado en la constelación de Tauro por una baja acción (raptar la virginidad de Europa) impropia de una divinidad tan seria (severa). Con la suerte que tuvo el toro en Madrid al caer a manos de Felipe IV, se hubiera dignificado la constelación, ya que tal hecho sí es una hazaña capaz de dar «nuevo signo [...] a la esfera».

Estas cosas hacía don Diego mientras cumplía labores diplomáticas secretas en Madrid y elevaba vitales informes para la seguridad del Estado. Iba al «anfiteatro», veía a las fieras matándose, y cuando don Felipe dispara sobre el animal triunfante, para triunfar sobre el triunfador, Saavedra, que es funcionario del estado y, como Lope, como Quevedo, como tantos otros, tiene que sobrevivir, canta con todos ellos la hazaña del mayor mito de la época, la católica majestad de don Felipe «el grande».